

sólo se publican malas traducciones del francés, editadas con bárbaro descuido. Entre la bibliografía marraneada por los hispánicos, Servando cita dos autores acaso útiles para documentar las escasas lecturas profanas del fraile: el abate francés Charles Batteux (1713-1780) y el retórico escocés Hugh Blair (1718-1801), ambos autores de manuales literarios de amplia difusión. Consultando a don Marcelino Menéndez y Pelayo, resulta que Mier acierta en la minucia bibliográfica: Batteux y Blair fueron destrozados en las respectivas traducciones de José Luis Munárriz y de Agustín García de Arrieta. Curiosamente, se ignoran las fechas de nacimiento y de muerte de ambos traductores, que florecieron hacia 1798. Más intrigante es saber que uno y otro tradujeron, en competencia simultánea, por lo menos a Blair. Finalmente, probando su buen conocimiento de la escena literaria de la época, Servando ubica correctamente a Batteux como la bandera del clasicismo retrógrado mientras que su rival escocés defendía las nuevas posiciones retóricas. Leandro Fernández de Moratín se batía por el tratadista francés¹⁵.

Para completar su galería picaresca con un traductor falaz e incompetente, Mier cuenta una anécdota de Pedro de Estala, nacido en Ciudad Real en 1757, sacerdote exescolapio que en 1786 comenzó a publicar una *Colección de poetas castellanos*, ocultándose tras la personalidad de su barbero, don Ramón Fernández. Fue traductor de Sófocles y Plauto. Pues bien, según el maledicente, Estala, traducía por hambre a un folletinista francés, llamado el *Viajero Universal*, a quien defraudó así:

«Discurrió venderlo dándolo a peseta para que el vulgo lo comprara. Pero acabándose el autor y deseando él que no se acabasen las pesetas, determinó viajar a América. Para esto preguntaba a cualquier gachupín en cuya compañía fingía viajar, ayudándose también de algunos diccionarios, obras por su naturaleza incompletas e inconexas. Apenas se desembarcó en La Habana, comenzó a dar tropezones fortísimos, y se apareció en el diario un habanero que lo apaleó, hasta lo obligó a cantar la palinodia»¹⁶.

Pero allí no terminaron las aventuras del falsario que inventaba traducciones para enriquecerse, pues don Pedro fue a dar a México, donde abusó de la ayuda del doctor Maniau, persona siempre misteriosamente cercana a Mier. Estuvo, según Servando, veintiséis años en México, contando despropósitos y mentiras sobre la América septentrional, calumniando al obispo Las Casas y repitiendo los dichos antiamericanos de Raynal, Robertson y La Harpe. La indignación servandiana llegó al extremo de denunciar por carta a Estala con don Luis Tres Palacios, quien le dio la razón al español.

¹⁵ Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de las ideas estéticas en España*, I, CSIC, Madrid, 1993, pp. 1013 y 1158.

¹⁶ Mier, *Memorias*, II, *op. cit.*, p. 186.

La bronca de Mier contra Estala llegó más lejos. Gracias a un tal Garvizo, «europeo», el padre Berstad, librero, denunció al impostar ante el vicario de Madrid quien dio a Estala el privilegio de defenderse. «Yo», afirma Mier «comencé a escribir contra el viajero, para poner en el diario, *Cartas de Tulitas Cacaloxochitl Cihuapiltzin Mexicana*, o señorita mexicana, al viajero universal»¹⁷.

Pero al temer ser confundido con Berstad, servidor de Fernando VII, Mier renunció a la publicación, pues, como siempre, Tres Palacios y Estala comenzaron a perseguirlo. No quedan noticias de aquellas cartas polémicas de Servando. Pero por las dos que se conservan del obispo Grégoire a Mier, en 1824 y 1825, parece que había en Mier una faceta de editor y distribuidor por desgracia desconocida.

Ninguna de estas obras figuran en el inventario de los cien libros decomisados a Mier en 1816 en Soto la Marina, que le fueron devueltos en la cárcel inquisitorial. La lista, levantada por escribanos semianalfabetos, debe ser inexacta. Pero sorprende la memoria que Mier tenía no sólo de los propios agravios, sino de las batallas literarias españolas del fin del siglo XVIII.

Menéndez y Pelayo ratifica la importancia de Pedro de Estala, helenista a quien considera superior al romántico Wilhelm Schlegel, anatemizado por haber sido ayo de los hijos de una protestante, madame de Stäel. Pero don Marcelino nada dice de los avatares mexicanos de Estala, cuya fecha de muerte se desconoce. Para Servando, don Pedro de Estala pretendió repetir el viaje de Anacarsis a Grecia en el siglo IV. La referencia es extraordinaria. Anacarsis, según Herodoto, fue un príncipe escita que hizo del viaje una fuente de sabiduría. Escritores posteriores lo consideran, al contrario, ejemplo de buen salvaje que se sirve de bravuconadas cínicas contra una civilización corrupta. Su influencia llegó hasta Montesquieu y Oliver Goldsmith. ¿No fue fray Servando, a su vez, un Anacarsis americano en la Europa del Imperio?

Anacarsis, con su infinita sabiduría, despacha a las academias españolas de la Lengua y de la Historia, olvidando ya el milagro que ésta le concedió, aunque se expresa con prudencia. La Academia Española, en cambio, es una tumba cuyo túmulo —el diccionario— está incompleto: «Mejor es el Diccionario de Terreros». Y el viajero vuelve a condenar el clima tan extremo, pues cuando hace frío compra las cenizas del estiércol azufroso para darse calor y cuando éste llega hasta las señoritas andan «en pelota»¹⁸.

¹⁷ Ibid., pp. 186-187.

¹⁸ Ibid., pp. 188-189.

Esos salvajes, dice la *Relación*, festejan el Nacimiento de Nuestro Señor emborrachándose, vomitando en la iglesia y se alegran tirando frutas, huesos y troncos de col al altar. Varias veces le han roto así la cabeza al padre de la misa. En Madrid todo es mondongo, comida indigesta. Cualquiera loca alcanza crédito de santa, como aquella –nada alucinada si a la historia nos remitimos– que gritaba que Dios quería la restitución de los jesuitas para acabar con la revolución de Francia y los males de la Europa. Profetizaba mendigando y aseguraba nutrirse sólo de cinco granos de naranja. A la noche, bien encerrada, se atragantaba cenando con las limosnas. Acusada ante la Inquisición por impostura, ésta no actuó contra ella porque hasta las personas «más ilustradas», nos dice Servando Anacarsis, son «tan crédulas sobre una materia tan resbaladiza»¹⁹.

Es preciso detenerse y preguntarse si las acusaciones de tantos biógrafos, todas a vuela pluma, que hablan de paranoia y delirio de persecución en Mier tendrán algún sustento. No pudiendo profundizar en una psicología, intento una silueta: la fatiga apesadumbrada del pícaro es una forma de vida cuyo movimiento es una secuencia de imágenes fijas que van mutando lentamente, como apostando a que el espectador descubra qué objeto falta o sobra en cada cuadro, sólo en apariencia idéntico al anterior. Su obra es un artificio de velocidad y nuestro corredor de fondo, cuanto más se aleja de la causa, más solitario se encuentra entre la maldición de los efectos.

En la mentalidad servandiana sólo una invención eclesiástica puede parar el mundo, detener la caída, reorganizar la economía de la salvación: el Purgatorio, que como veremos, es la cárcel transitoria a la que el fraile apuesta el fin de la pesadilla. La monomanía del estiércol y del pudridero es una escenificación barroca para ambientar una huida hacia adelante. Tras los días italianos ya no hay duda: Mier busca a sus perseguidos, los nombra y los agiganta.

En Madrid busca alojamiento con la tía Bárbara, posadera de corte que lo favorecía, pero había muerto. Su defensor de antaño el doctor Traggia se murió «por haberse fatigado demasiado para la oración fúnebre de Campomanes, encargada por la Academia de Historia». En esta ocasión su «insigne bienhechor» Yéregui, tomaba las aguas de Baguières en Francia, mientras imprimía su catecismo nacional y refutaba a Joaquín Lorenzo Villanueva, mostrando que las diferencias políticas y teológicas habían fracturado el círculo de los Montijo. Por primera vez en las *Memorias*, Servando menciona a Villanueva, cuya influencia intelectual fue tan visible en su *Historia de la revolución de Nueva España*.

¹⁹ Ibid., pp. 193-194.

Varios amigos estaban en Madrid, como un tal Manuel González del Campo, el canónigo Navas, el catalán Magín Gomá, el quiteño Conde de Gijón y el botánico Zea, pero ninguno vivía en la abundancia y Servando debe prorratar las invitaciones a comer. El animal frailuno, un lego juanino lo lleva a alquilar un colchón, pero «estando allí me conoció por la voz, al pasar, mi infatigable perseguidor y antiguo agente del arzobispo Haro, Jacinto Sánchez Tirado. Entró con pretexto de preguntar por alguno, a certificarse y tomarme las señas para enviarlas al venalísimo Francisco Antonio León, que estaba de oficial mayor al lado del ministro Caballero...»²⁰.

Ocurre aquí una inflexión en las memorias servandianas pues el principio de realidad, según el propio Mier, se pierde. Aunque sabía que volver a España era riesgoso pero inevitable, siendo el único punto de retorno a casa, Servando se sorprende de una inquina que en su relato toma las proporciones de esa persecución dialógica gogoliana o dostoievskiana, donde las figuras de la nariz, el capote o el eterno marido cobran vida propia más allá del realismo.

A Mier ya no lo persiguen por una causa. Son los efectos, liberados de todo control, los que se mueven por Madrid en su cacería. «¿Qué objeto tenía este hombre, se me dirá, en perseguir a usted, si ya el arzobispo ha muerto? Los españoles, tenaces por naturaleza, no varían de odio una vez que lo conciben, ni concluyen la persecución de uno, aun cuando ya lo han hechado en el sepulcro»²¹.

Sólo queda culpar al odio negro de los covachuelos y a la maldición guadalupana. Intenta dar una explicación venal a su desgracia, al describirse se asume como un ser cuya única alternativa es la dimensión de la sombra: «Yo estaba vestido de negro, con un sobretodo algo pardo y sombrero redondo. Pero como era de noche y mis ojos no dejaban fijarse los suyos, no tomó muy bien las señas»²².

El fraile se oculta, aunque sospecha que «el bribón de Sánchez Tirado» lo siguió de oficio para cobrar los 10.000 que le ofreció el arzobispo, y acaba por creer que su condena es la maldición guadalupana. Esta maldición convierte a meros agentes en inquisidores, pues quieren ganarse a los americanos como supuestos defensores de la virgen morena. La acusación es tan grave como desmesurada: «Saben los pícaros que así como con pretexto de religión se subyugó a la América, así la Virgen de Guadalupe es el cabestro con que se llevan los mexicanos a beber agua en la fuente del burro. Y así como Haro pendoleó acá al pueblo la capa de Juan Diego, de

²⁰ Mier, *Memorias*, II, *op. cit.* p. 196.

²¹ *Ibid.*, p. 196.

²² *Ibid.*, p. 196.